

La Caída del Príncipe Mestizo

Karina

Hay momentos en los que uno cae sin hacer ruido, como Snape en la torre, sosteniendo secretos que nadie ve. Así se siente cuando eliges un camino que te rompe, pero sigues avanzando porque detenerte sería aún peor.

Febrero nunca había sido un mes amable conmigo, pero en 2022 se convirtió en un verdugo silencioso. Los días pasaban con una lentitud insoportable y, aun así, tenía la sensación de que todo se me venía encima demasiado rápido. La boda era un reloj de arena que alguien más había volteado y cuyos granos caían sin preguntarme si quería seguir ahí. Y yo, atrapada bajo ese conteo regresivo, me sentía cada día más pequeña.

Mi mundo interior era un escenario donde yo misma era actriz y público, juez y prisionera. Desde fuera, todo parecía en orden: mi familia hablaba de flores, manteles, horarios. Cada uno aportaba una opinión como si se tratara de una producción en la que yo era la protagonista.

Pero por dentro, yo caminaba por un pasillo estrecho que parecía angosto para respirar. Mi sonrisa frente a ellos no era mía. Mi postura rígida tampoco. Había una distancia enorme entre la imagen que proyectaba y la mujer exhausta que llevaba meses tratando de no desmoronarse.

A veces, mientras me probaban vestidos o revisábamos pendientes, mi mente huía. Veía mi cuerpo ahí sentada, escuchando, respondiendo “sí, está bien”... pero la verdadera yo estaba muy lejos. Mi alma se quedaba suspendida en un punto muerto, incapaz de avanzar.

Me dolía la cabeza casi todos los días. Y lo peor era que nadie lo notaba. O, quizás, no querían notarlo. Una tarde, cansada de mi propio silencio, escribí algo para Osmar que no pensé antes de enviar:

—En mis sueños no tenía boda.

Lo dije como si fuera un comentario casual, pero en realidad era una confesión disfrazada. Una grieta que dejé abierta sin querer. Porque era cierto: nunca soñé con esta boda.

Nunca imaginé caminar lentamente con cientos de ojos sobre mí. Nunca me vi vestida de blanco. Nunca pensé en una gran fiesta, mis sueños siempre fueron otros. Más pequeños, más íntimos, más... reales. Soñaba con una vida tranquila, con reírme hasta tarde, hablar sin miedo, sentirme acompañada mas no exhibida.

Y la frase salió así, cruda, como una punzada involuntaria, tal vez dolió, tal vez reveló demasiado, tal vez él la leyó como un síntoma más de algo que ya sospechaba, pero yo ya no tenía espacio para medir consecuencias.

Una noche de febrero, en medio de un intercambio tenso, Osmar escribió:

—No quiero que pienses que puedo interrumpir tu boda...

En cuanto leí esas palabras, algo dentro de mí se quebró. Porque no era una amenaza ni era una promesa, ni siquiera una posibilidad realista... Era un espejo; uno que reflejaba justo lo que yo temía y, al mismo tiempo, lo que una parte de mí deseaba en la zona más secreta e inconfesable de mi alma.

No porque quisiera que irrumpiera en mi vida como una película dramática, sino porque, de imaginarlo ahí, de pie en la entrada, buscándome... yo sentí algo parecido al alivio.

Una imagen imposible apareció en mi mente: Osmar entrando, con ese gesto serio y tierno a la vez, avanzando hacia mí como si todo tuviera sentido si él llegaba. Mi nombre escapando de sus labios en el

momento justo. Como si él, solo él, tuviera el poder de detener algo que yo no sabía cómo frenar.

Mi corazón reaccionó antes que mi cabeza; no sé si él lo imaginó también, pero yo sí. Y lo más aterrador no fue imaginarlo... fue desecharlo, aunque fuera por un segundo.

Esa noche, después de cerrar el chat, me acosté, pero no pude dormir. Mi mente, cansada de tanto peso, buscó refugio en un lugar más cálido: 2020.

Me vi otra vez en mi recámara, riendo por tonterías, volví a verme escribiéndole sobre pequeñas cosas: Jonas Brothers, Harry Potter, películas viejas, volví a escuchar mi risa cuando me molestaba cuando él confesaba sus gustos raros. Volví a sentir la chispa en el pecho cuando aparecía su nombre en pantalla, esa excitación tímida de las madrugadas.

Recordé el primer beso inventado, imaginado, narrado; nuestra fantasía dulce, íntima, torpe y hermosa. Recordé la primera vez que nos desvelamos hasta las cuatro, hablando como si el mundo fuera solo texto y respiración.

Recordé a la Karina de ese entonces, la que se emocionaba, la que se abría, la que sentía sin miedo... Y me dolió, porque esa Karina ya no existía, la había perdido en el camino; O quizás la había enterrado sin querer bajo tantas capas de deber, familia y decisiones forzadas.

Mientras intentaba ordenar mis pensamientos, Snape apareció en mi memoria como un visitante inoportuno. No su figura temible de profesor, sino su tragedia silenciosa. Siempre pensé que la parte más dolorosa de él no era su muerte, ni su soledad, ni su papel doble. Era su silencio. Ese amor que nunca pudo pronunciar sin consecuencias, esa lealtad que cargó solo, esa vida entera vivida entre sombras porque decir la verdad habría sido devastador para todos.

En febrero de 2022, comprendí algo que antes me parecía lejano: Yo también estaba viviendo entre sombras, yo también protegía una verdad que no podía decir, yo también era prisionera de un amor que

desordenaba todo a su paso, y lo peor: como Snape, yo también había elegido un camino que me obligaba a fingir una fortaleza que no tenía.

Él murió sosteniendo la mirada de quienes nunca lo entendieron del todo. Yo vivía sosteniendo la mirada de quienes nunca sabrían lo que realmente pasaba dentro de mí.

La caída del Príncipe Mestizo no fue una muerte, fue una confesión emocional tardía, un “siempre” dicho cuando ya no servía de nada. Y en ese espejo, yo me vi; yo también estaba cayendo, cayendo en silencio, cayendo con miedo, cayendo hacia un marzo inevitable.

Febrero fue eso: una caída lenta, angustiosa, sostenida por recuerdos, culpas y decisiones que no podía deshacer. Snape solo cayó una vez, pero yo estaba cayendo todos los días.

Y marzo... marzo sería el impacto.

Primera Ley de Newton: La Inercia del Dolor

Osmar

El dolor también obedece leyes: una vez que empieza a moverse dentro de ti, no se detiene por sí solo. Necesita una fuerza externa... o un corazón dispuesto a romper el equilibrio para sobrevivir.

Febrero de 2022 se sintió como la Primera Ley de Newton: un movimiento estable que, de pronto, empezó a desviarse; no fue un grito, no fue un drama, fue un mensaje. Uno simple que dije:

—Sé que piensas que puedo interrumpir tu boda... pero no lo voy a hacer. — Lo solté, pero el trasfondo es lo preocupante, ella pensaría que sería capaz de ello.

Yo nunca dije nada sobre interrumpir nada, ni siquiera insinué algo así, pero el hecho de que ella lo mencionara me dijo todo: su boda ya no era un evento lejano del que hablábamos por encima, era el punto central de un sistema inestable... y yo estaba adentro del sistema.

Continué lo más neutro que pude: que mediría mis palabra, que era mejor ser cuidadoso. En realidad, estaba midiendo todo: la distancia, la temperatura emocional, la tensión.

Febrero avanzaba, y ella seguía diciéndome cosas que no encajaban con alguien que está a punto de casarse: que no se sentía bien., que tenía mala espina, que le dolía la cabeza, que estaba cansada, que “no soñaba con una boda”.

Cada vez que leía eso, mi mente hacía lo mismo: me iba al análisis... si un sistema tiene fricción, genera calor... si genera calor, hay desgaste... si hay desgaste, algo está fallando. Yo podía verlo, pero no podía detenerlo; porque detener algo así no es física... es vida. Y en la vida no puedes intervenir sin destruir algo más.

Para mantenerme cuerdo —si es que se puede decir así— a veces recordaba 2020. No porque lo añorara, sino porque era la versión más sencilla de nosotros: las pláticas nocturnas, los chistes malos, la música, los momentos íntimos. Todo era ligero.

A veces pensaba en el primer beso que imaginamos, ella no tenía idea de lo que pasaba en mi cabeza aquella noche, o quizás sí, pero nunca lo hablamos más a fondo; el punto es que esos recuerdos funcionaban como referencia: una calibración emocional para saber cuánto habíamos cambiado, cuánto me había involucrado, cuánto estaba a punto de doler.

Había días en febrero en los que sus mensajes parecían más fríos, otros más tensos, otros demasiado cortos. Y luego venían los eliminados, aquellos que aparecían como “mensaje eliminado”. Yo no preguntaba, no era mi estilo, pero lo anotaba mentalmente, un registro silencioso y una manera de no perder el patrón... dicho patrón decía que algo estaba mal... muy mal.

Un día, sin que yo lo buscara, pensé en esto: Si quisiera, yo podría aparecer allí y detenerlo todo, tan solo con mi presencia, solo entrando, solo existiendo en un lugar que no me correspondía. No porque lo fuera a hacer, no porque tuviera el derecho, no porque fuera mi papel, sino porque era un hecho: yo era la fuerza externa que podría alterar completamente su sistema.

Y eso me partió en dos... porque toda mi vida he entendido la importancia de no intervenir en un sistema que no te pertenece, no por moral, por respeto a la estructura; pero también me dolió reconocerlo: si yo apareciera, nada sería igual para ella... y nunca sabré si eso es algo bueno o malo.

Los últimos días de febrero fueron extraños: ella estaba fatigada, cansada, tensa. Decía cosas que parecían despedidas disfrazadas de rutina. Yo trataba de mantenerme neutral, pero la neutralidad no existe cuando te importa alguien, solo existe la contención, la contención cansa, la contención desgasta, la contención duele.

Y mientras ella avanzaba hacia esa boda, yo avanzaba en paralelo, sin tocarla, sin decir más de lo que debía, sin quedarme callado de más.

Líneas paralelas, otra vez: líneas que nunca se cruzan, líneas que se acompañan a distancia, líneas que pueden verse, saberse, sentirse... pero nunca alterarse sin consecuencias.

La primera ley de Newton enseña algo simple: si algo sigue moviéndose, es porque nadie se atreve a detenerlo; y esa era la verdad que me mantuvo despierto tantos días: Yo no era ese “alguien”, no debía serlo, no podía serlo. Así que la dejé avanzar, la dejé seguir su trayectoria, con una periodicidad casi dolorosa, como un péndulo que no puedes detener sin romperlo.

Febrero fue eso: ver desde la barrera una aceleración que no pedí y un choque inevitable que yo no tenía derecho a impedir; el dolor también tiene inercia, y yo ya iba dentro del movimiento.

La Última Lágrima del Príncipe Mestizo

Karina

Hay lágrimas que no caen por tristeza, sino por rendición. Como si el alma entendiera que su batalla terminó mucho antes de que el mundo lo admitiera.

La mañana de mi boda civil no tuvo música, ni ilusión, ni esa emoción absurda que otras mujeres describen cuando hablan del vestido, del maquillaje, de sentirse “novias”; fue, más bien, una especie de caminata hacia un lugar donde yo no sabía si pertenecía.

Mi hermana estaba nerviosa, mi familia iba de un lado a otro, había risas, bromas, comentarios sueltos; yo sonreía cuando tenía que hacerlo, asentía cuando me hablaban, contestaba lo mínimo.

Una parte de mí estaba ahí, cumpliendo el papel que todos esperaban. La otra estaba completamente lejos, estaba en el teléfono que no dejé de revisar desde que me levanté; no sé en qué momento empecé a esperar algo que nunca me prometieron, quizás fue cuando Osmar escribió que no interrumpiría una boda que yo nunca admití que existía, o quizás fue antes, cuando hablábamos de madrugadas, besos inventados y fotos que se desvanecían a los treinta segundos como si fueran un hechizo débil.

Quizás fue mucho antes, en 2020, cuando él se convirtió sin querer en mi refugio en pleno caos. Lo cierto es que ese día esperaba un mensaje suyo: un mensaje; no una irrupción dramática o un acto heroico... solo algo. Un indicio de que yo no estaba completamente sola dentro de la decisión más pesada de mi vida.

Revisé el teléfono tantas veces que mi hermana me lo quitó en un momento:

—Concéntrate, Karina —me dijo.

Si tan fácil fuera...

La ceremonia civil fue breve, como lo son casi todas, un salón pequeño, un juez cansado que recitaba las palabras mecánicamente, una mesa con papeles y bolígrafos baratos.

Mi familia acomodada en sillas plegables. Mi vestido no era blanco, ni siquiera pude elegirlo con calma, pero cumplía. No había música como la imaginé. Sólo los clics de las cámaras, el murmullo de las damas, el sonido de una silla moviéndose al azar.

El juez empezó con unas palabras que ya olvidé. Su voz sonaba como las instrucciones de un examen: seca, repetitiva, sin alma.

Yo asentí.

Él también.

Nos pidieron firmar, mi mano tembló apenas, no lo suficiente para que alguien lo notara, pero sí para que yo lo sintiera. Mientras firmaba, pensé: Si Osmar entrara ahora... ¿qué haría yo?

Me dio vergüenza pensarla, pero también tristeza, porque sabía que él no vendría, no porque no quisiera sino porque no sabía, porque yo lo mantuve lejos, porque así lo decidí. Y aun así... estuve mirando la puerta todo el tiempo.

Dos segundos.

Tres...

...Nadie entró.

El juez pidió los anillos, el mío parecía más pesado de lo que era... cuando llegó el momento del “sí”, algo dentro de mí se quebró, aunque mi voz salió fuerte. Dije “sí”. Pero lo que sentí fue algo muy distinto: un silencio, un silencio profundo, oscuro, casi metálico.

Un silencio como el de Snape cuando sostiene el cuerpo de Lily. Esa escena que siempre me dolió más que cualquier muerte en Harry

Potter: la del hombre que llega tarde, la del amor que no cambia nada, la del “siempre” que ya no sirve para nada.

Me di cuenta de que había estado viviendo como él: atrapada entre lo que quería y lo que debía, entre la lealtad y el miedo, entre el amor y el deber. Snape nunca interrumpió la boda de Lily, nunca dijo nada, nunca cambió el curso de lo inevitable, y aun así la amaba.

Yo no sabía qué nombre ponerle a lo mío con Osmar, amor quizás es demasiado simple. O demasiado grande. No sé.

Lo que sí entendí ese día es que yo estaba haciendo lo mismo: renunciando en silencio, avanzando hacia una vida que yo misma construí a medias, esperando que nadie notara el temblor en mis manos.

—Puede besar a la novia—amenazó el juez.

Sentí el beso, pero no sentí nada más, después hubo fotos, risas, abrazos, felicitaciones, mi familia estaba feliz, las damas también, todos hablaban del futuro... yo escuchaba como si estuviera bajo el agua.

Lo único real era el teléfono en mi mano, frío, mudo, brillante. Osmar no apareció, no escribió, no sabía, no debía saberlo, y aun así... dolía.

Me escondí cinco minutos en el baño, solo para revisar la pantalla sin que nadie me viera.

Nada, ni un mensaje, ni un audio, ni un “¿qué haces?”, ni un “¿estás bien?”. Ahí entendí que el mundo seguía sin mí, que yo había tomado un camino sin retorno, que mi silencio había creado un vacío que ese día se volvió abismo. Y por primera vez en mucho tiempo, lloré sin contenerme. No por la boda, no por él, no por mí, sino por todo junto.

Porque esa escena, esa firma, ese “sí”, ese anillo... eran mi propia versión de la muerte de Snape: una página que se cierra, un dolor que

nadie ve, una elección que te marca, y un amor que, aunque nunca fue nombrado, sigue respirando en la sombra de lo que no se dijo.

Esa noche no dormí, no tuvimos una casa a donde ir, ni siquiera luna de miel, nos dirigimos a la casa de mis suegros, algo incómodo, era mi primer noche durmiendo fuera de casa de mis padres... así que solo miré al techo durante horas.

Esperé un mensaje que no llegó. Y cuando finalmente llegó... yo ya estaba casada, ya había tenido lo que quería con Osmar, ya vivía detrás de otra puerta, ya no había marcha atrás.

Mi vida se dividió ese día: Antes de la boda y después de ella; y aunque nadie lo supo, lo que más me pesó no fue firmar, fue mirar hacia la puerta y saber que él no entraría... porque yo misma lo había mantenido fuera.

Segunda Ley de Newton: Fuerza Resultante

Osmar

Cuando dos fuerzas chocan —el amor y la verdad, el deseo y la realidad— siempre queda un resultado. Y ese resultado, a veces, es lo único que queda en pie para contarla.

“A quien corresponda:

Sirva la presente para que reciba de mi parte un afectuoso saludo y a su vez, hago de su conocimiento que el que suscribe no se encuentra en un estado de altanería ni mamonismo.

Por el contrario, quiero expresar mi sentir en el que he recibido el más bonito de los besos, y que quiero, además, que usted se sienta amada por mi parte.

Quiero aprovechar la oportunidad para compartir mi deseo de ser suyo y que extraño esos momentos por escrito donde relucían nuestros sentimientos más íntimos, los cuales quisiera renovar una vez más al menos antes de la llegada de su anunciado matrimonio.

En espera de que su respuesta sea favorable a mi solicitud, quedo de usted como su seguro y atento servidor.

Sin nada más que agregar.

Sum Tus”

Le escribí una carta a petición de ella, a como eran sus gustos, y además necesitaba un pretexto para entablar una conversación nocturna, por si ya no habría más.

—¿Sum Tus? —Preguntó Karina, seguido de un “gracias”.

—“soy tuyo” en latín.

—Fue mil veces mejor de lo que esperaba, jaja perdón por decirte mamón.

—“de tu propiedad” algo por el estilo.

—Suena bien, ¿mío de mí?

—Sí.

—Me gusta eso. Gracias por ese mensaje. Creo que si tengo unos fetiches medios raros. O bueno no. Pero si me gustó.

—jaja, ¿entonces?

—Eeeee no sé, ¿qué pasa? ¿qué ha estado pasando? Ya ni hablamos. Y creo que andamos más cortantes que nunca. ¿Cómo sigues?

—Dime que te provocó el mensaje... no sé qué pase, no sé si esté pasando algo.

—Me hizo sentir cositas en el estómago. Me gustó. Me encantó. Y me recordó a porque me encantaste tan rápido.

—Qué bueno. Me da gusto.

—Sabes que estoy intentando ocultar mi emoción y lo bonito que me hizo sentir que me mandaras ese mensaje, ¿verdad?

—¿Por qué no solo lo expresas?

—Porque no sé cómo. Soy una mujer de pocas palabras 😊

—Solo dilo. Anda.

—Me sigues encantando.

—Y tú a mí.

—¿Aún?

—¿No debería? ¿Se te quitaron tus encantos?

—Eso creo. Creí que te había enamorado mis pláticas. Y como ya casi no platicamos creí que ya se te había pasado el enamoramiento.

—No son solo las pláticas. Es tu persona, es como si juntaras todo lo adorable del mundo y lo pusieran en ti.

—¿Y ya no soy adorable?

—Sí, lo sigues siendo.

Sentí que todo marcharía bien, aun podía rescatar algo, pero como era de esperarse, se quedó dormida, pasó todo el día y volvimos a platicar en la noche de este 5 de marzo.

—Oye—Preguntó Karina muy curiosamente. —Llévame al circo Tihany. Si ¿o qué?

—¿Y luego nos besamos? ¿Te peleaste con tu chico?

—Oilo. No jeje. Todo bien.

—¿Tons?

—Pues no nos enojamos ni nada. Eso que tiene que ver con el circo.

—Porque me lo pediste a mí en lugar de a él.

—mmm, ¿no te gustan los circos?

—No soy muy fan.

—mmm, bueno. Ni modo. 

—Te hacía ya dormida.

—Pues no jeje. Aquí sigo. Dormí en la tarde y ahora no puedo dormir. ¿Tampoco puedes dormir?

—No. Estaba leyendo. Creo que éramos algo intensos antes.

—mmm ¿qué lees?

—Me gustaba resaltar tus facciones.

—jajaja ¿por?

—¿No lo sabes?

—Pues supongo que ya sé a qué te refieres. Pero no estaba mal ¿o sí?

—No lo se.

—¿Cómo que no sabes?

—No sé si te llegué a incomodar alguna vez. Hubo muchas oportunidades en que me decías “¿Quéquieres ver?” O “¿Qué hago para que no te enojes?”. Y yo nunca te respondí a tales preguntas. Creo que te respetaba mucho.

—¿O sea que ya no?

—Sí, pero me refiero a esos momentos.

—Entonces ¿estaba mal?

—No lo creo. Solo éramos tú y yo y nuestras canciones. Creo que debería respetar más tu relación.

—Eso es lo que he estado haciendo. Por eso no puedo hacer ciertas cosas y así.

—Tu si lo haces. Pero hablo por mí. Discúlpame. No voy a negar que disfruto aun tu estancia conmigo. Y que los momentos vividos contigo fueron de los más agradables en mi vida. Pero se dice que las oportunidades una sola vez se presentan en la vida. Y creo que todas mis oportunidades contigo terminaron hace mucho. Y bueno, en todo es culpa mía, creo que pudimos arreglarnos mutuamente. Pero no sucedió en esta vida. Tal vez en otra.

—¿Te estas despidiendo?

—No. Solo estoy sacando mi sentir que desde que te pregunté si te casarías lo he sentido, solo no he querido verlo, pero ya es momento. Quizá solo lo piense pero sé que también te duele cuando piensas que me lastimas o así y no quiero eso para ti.

—O sea si siento feito porque créeme que a mí también me hubiera gustado que se diera algo o que al menos se intentará. Y lo siento. Creo que si todo pasó muy rápido. Y lo de que me voy a casar también fue muy rápido. También fue culpa mía. En parte.

—No. ¿Por qué?

—Te dije que estaría siempre para ti. Y pues no.

—No tienes que cumplirlo. No te culpes por ello.

—Si quería hacerlo.

—Pero no puedes.

—Era muy feliz contigo.

—Y ahora lo eres con alguien más. Y lo vas a ser más.

—Eso espero.

—Estoy seguro de que sí. Porque me voy a molestar mucho si no... No quiero que pienses que me arrepiento de lo vivido contigo.

—Yo tampoco. Fue de lo más bonito. Y te quiero mucho. Pero si intento mucho respetar la relación que tengo ahorita. Por eso no me puedo expresar del todo contigo.

—Discúlpame por ello. No tienes que expresar nada conmigo.

—No te preocupes.

—No me debes nada.

—Es que tampoco es como que me obligues.

—No. Lo se. Pero no cualquier persona recibe un “te amo” de alguien a quien no ama. Y creo que he sido muy insistente con eso en los últimos días.

—No creo que este mal que quieras que te lo diga. En algún momento lo hice.

—Pero nunca lo dijiste.

—No me quería ver intensa. Pero si te amé.

—Yo quería que lo fueras.

—Me daba miedo. Creo que empecé muy intensa. seguí muy intensa. Y creo que quise las cosas muy rápido.

—Karina, hacíamos el amor sin tocarnos. ¿qué más intenso podía ser?

—Ciento.

—Y te sentía. Te sentía tan mía.

—Lo fui.

—Aunque es justo por que tampoco te lo dije yo.

—Está bien.

—Pero lo sentía. Aun.

—Lo siento. Creo que de todos modos no te he puesto un alto.

—No lo sientas.

—No voy a negar que me gusta tu atención. Y que me gusta seguir platicando contigo. Lo disfrute mucho. Lo que tuvimos.

—¿Te estas despidiendo?

—No.

—A veces siento que pláticas más conmigo que con él. Y tampoco quiero eso.

—¿Por?

—Ese no es mi lugar. Si es así, lo hago con gusto; pero está claro que no tengo su papel.

—¿Entonces?

—No lo se.

—Yo quería y quiero lo mejor para ti. En el pasado creí que podría ser yo. Pero no es así. Pero mi deseo de que quiera lo mejor para ti y que quiera tu felicidad, bueno, eso no ha cambiado. Perdón por el tiempo que te hice perder Karina.

—¿Perder? Yo no lo veo así Osmar.

—Pues, no se llegó a nada.

—O sea es que creo que no entiendes lo que eso fue para mí. No lo veo como tiempo perdido.

—Conocerte ha sido de las mejores cosas que me han pasado. Nunca había platicado tanto con alguien. Y fue una conexión bonita. O sea no me arrepiento de nada. Bueno, a lo mejor y sí. De no haberte metido más presión jaja pero solo eso.

Para aligerar todo, quise cambiar el tema, pero no me funcionó esta vez.

—Estoy escuchando a Luismi y dice: “Me haces falta, mucha falta, no se tu”.

—Te aprecio mucho y te respeto.

—De por si ando todo lloroso.

—¿Por qué le echas más sal a la herida?

—No sé. Masoquismo. Quizá.

—Ay Osmar. Pon un perreo o algo. Algo menos sad.

—Sad es mi modo ahorita. Pa’ la lloración. Perdón si te hice llorar alguna vez. Estoy seguro de que sí. Discúlpame. Espero que las próximas veces que llores, sea de felicidad y nada más.

—Lo veo difícil. No sé, pero creo que nada es fácil.

—¿Por?

—Pues estoy segura de que en algún momento tendremos problemas. Lo importante es que podamos solucionarlos. Y soy bien chillona aparte. La neta. Y si lloré por ti en algún momento y que 😊

—Pues discúlpame.

—Pero no está mal. A veces me gusta llorar

—Sí. Pero nadie merece tus lágrimas.

—Aparte al final de la lloradera todo salió bien. Ay, Osmar. No pienses tan bien de mí.

—¿Por?

—Pues no soy un pan de Dios. En algún momento de mi juventud fui bien desgraciada.

—Pero no conmigo. ¿O sí?

—No.

—Tu pasado esta por demás.

—💔

—Por eso no quería que lloraras a causa mía.

—Pero te digo que al final todo salió bien

—Dime como salió bien?

—Pues en ese momento salió bien... Escuchamos música juntos y seguimos platicando muy tiernos.

—Eso creo... Debes dormir, Karina.

—Tu debes dormir.

—Quizá.

—Yo podre tirar flojera todo el día. Tu no 😥

—Tengo ya muchos nudos.

—¿Nudos?

—En la garganta.

—Lo siento Osmar.

—¿Que sientes?

—Que no se dieran las cosas.

—Te buscaré en otra vida.

—Te esperaré.

—Te amo Karina.

—Descansa. ¿Te dormirás?

—Supongo.

—Te quiero Osmar y te aprecio mucho. Solo te deseo cosas bonitas. Eres una bonita persona. Mereces algo mejor.

—No digas eso.

—Tienes razón. No hay nadie mejor que yo. No ya bien.

—Sí. Solo que no te podré tener.

Nuestras pláticas comenzaron a cesar, no sabía si se acercaba lo inevitable, era sospechoso, sin embargo, no quería que se fuera, quería retenerla de la misma forma en que se enamoró de mí, la madrugada del 21 de marzo intenté:

—Karina.

—Dime.

—Y si solo me dejas... que tome tu mejilla y te mire, y te robe un beso.

—Está bien.

—que sientas mi mano en tu rostro.

—¿Y si solo me tomas de la mano? —Nunca me había pedido esto, pero no podía exigir mucho.

— , estará bien.

—Me parece tierno. Lo de las manos.

—¿Y luego? ¿es todo?

—jaja buen intento— (Lo di todo).

—¿Cuál? Era pregunta seria.

—Creí que esperabas que yo te platicara.

—Solo quería saber si es todo. O solo no quieres que toque tu rostro.

—Si eso está bien.

—No entiendo.

—Osmar. Solo hazlo.

—No quieres. Lo puedo sentir.

—Si quiero, pero no debería.

—¿Y si es una última vez?

—Puede ser una última vez. Está bien.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Vamos a sentarnos en la sala a ver una película.

—Está bien.

—¿Solo está bien?

—Entiendo la situación Karina. No se hará nada más de lo que tu permitas.

—Me quede con las ganas de decirte “amor” o así.

—¿Y por qué no lo haces?

—Amor—Lo dijo, por fin lo dijo.

—¿Mande?

—Basta. Jaja.

—:(

—Me da cosita decirlo. Tenía ganas de decirlo. Desde hace mucho. Y cuando tú me dices mi amor: .

—¿Qué? ¿Qué pasa después?

—Pues me da algo en el estómago... ¿Mañana trabajaras?

Ahí acabó la conversación

El 25 de marzo fue nuestra ultima conversación y no la retomamos hasta el 31, ella estaba subiendo calificaciones, por lo que pensé que toda la semana estaría ocupada, no recibí un mensaje de ella, ella tampoco uno mío, ese mismo día ella iría a un concierto de Coldplay, un amigo de Farid les consiguió boletos y ella me lastimó preguntándome:

—¿Sera una señal de que estamos destinados?

Se supone que el destino era nuestro, pero no, no aplicaba yo, en cambio, ella vería a un grupo, el grupo que canta mi canción favorita, junto a una persona, la persona que se casaría con ella, y que no le gusta ese grupo, pensé que ese fin de semana, terminaría cansada por el concierto, así que aunado a los celos del evento al que iría, no quise molestarla.

El 1 de abril, le manifesté que la extrañaba, extrañaba esos momentos íntimos:

—Te extraño.

—¿De qué forma?

—¿De qué forma puede ser?

—Pues no se. Tu dime.

—Como mujer.

—También te extraño... Como amigo.

—¿Cómo te sientes? —Traté de cambiar de tema—¿Ya te entregaron tu vestido?

—Me siento bien. Con sueño. Y si, desde hace mucho. ¿Tu cómo te sientes?

—¿No has dormido bien? Yo me siento bien. Y ¿qué tal te quedó? te tomarás la foto que te pedí? —Días atrás le pedí una foto de ella con su prueba de vestido

—He dormido poco. Pero a gusto.

Quedé ignorado

La noticia llegó sin ceremonia, sin advertencia y sin dramatismo. Yo tenía un plan, uno último, de escaparnos, de que me diera una oportunidad, de salir, una vez, al menos una vez, haría lo necesario esa única vez para convencerla, de que era conmigo con quien debía estar, pero no lo hice, no sé por qué. En cambio, traté de hablarle tierno el 6 de abril:

—¿Qué haces corazoncito? ¿Ya se te pasó el calor?

—¿Corazoncito? Andamos tiernos hoy. Viendo twd ¿y tú?

—¿Cómo amaneciste?

—Con mucha flojera. Cada día se me hace más difícil levantarme. ¿Tu como amaneciste?

—Ya solo faltan otros dos días para vacaciones. 😊 ¿Mejor?

—Un poco. ¿Tu como amaneciste?

—Bien, mmm. 😊 😊 😊 ¿Mejor?

—Jeje has andado muy cariñoso.

—¿Está mal?

—No, no está mal. ¿Como estas?

—Bien. Ahí la llevo. ¿Y tú? Le enseñaste al sol como brillar pero exageró.

—Jajajajajaja. Que creisi andas. Oyeeee se está quemando acá por la casa de mis papás. Bien intenso.

—¿Ya no es tu casa?

—Pues no es mía.

Casi a las 9 de la noche le comenté:

—Si sigues de soltera, si es tuya.

Y ella respondió a la 1 de la madrugada del siguiente día:

—De hecho hay algo que te quería contar. Pero no sé cómo.

Vi el mensaje y fingí ignorarlo hasta las 11 de la mañana:

—¿Qué pasa?

—Ya fue la boda— Dijo a las 12:30.

—Oh vaya— Respondí una hora después.

—¿Ya sabías?

—No. Lo sospechaba pero creí que eran tonterías mías.

—¿Que te hizo sospechar?

—Que no me hablaras. Has estado distante. Creí que me lo dirías.

—Bueno eso es otra cosa. He tenido mucho trabajo. Y he estado más cansada de lo normal. Lo siento. No sabía que decir.

—Solo con decirlo bastaba. Se que no fui el mejor y que no me debes nada, pero creo que no merecía enterarme hasta ahora.

—Y ¿qué iba a decir? Lo siento. Y lo sé. Pero no sabía cómo hacerlo. Y no quería como que hacerte sentir mal. O que estuvieras mal. Lo siento. Por no haberte dicho.

—Y ¿pretendías tardarte más?

—No. Quería decirte. Pero no sabía cómo.

—Entiendo.

—No quería hacerte sentir mal ni nada de eso. No encontraba el momento para decirlo. Andabas muy tierno y se me hacía mala onda solo soltarlo así.

—Pues, gracias, supongo.

—No quería que dejáramos de ser amigos.

—No te preocupes. Se que los recién casados inician con muchos problemas, no quiero que el que pienses como estoy sea uno de ellos. Así que no te preocupes como me sienta. Espero que sepas que soy sincero cuando deseo que tengas mucha felicidad.

—Gracias.

—Y ¿por qué habría problemas?

—¿Conmigo?

—Yo no tengo problema contigo.

—Pero tampoco quiero que pienses en cómo me siento.

—Pues si me siento.

—Eso debe tenerte sin cuidado. Ya pasó, apenas esta semana iba a preguntarte si existía una mínima posibilidad; pero supongo que ya no iba a existir

—Posibilidad de que?

—Tú sabes de que.

—De salir?

—No.

—De conocernos?

—No.

—De eso?

—No importa Karina, ya no se puede.

—De que me eligieras a mí

—¿En qué sentido? Si no era para salir o de conocernos.

—Karina, olvídaloo.

—Lo siento mucho.

—No te preocupes.

—No puedo no pensar en si te sientes triste o así.

—No te preocunes.

—Sí lo hago.

—Estaré bien—Mentí.

—¿Sí? Osmar, ¿Todo bien?

—No, lo siento. Por favor no te preocunes por mí. Te prometo que estaré bien—Mentí, otra vez.

—Sí lo hago ¿Cómo no me voy a preocupar?

—¿Qué haces? —Preguntó ella para aligerar todo.

—Pues, trabajar. Voy a ver si puedo salir temprano. No me siento bien.

—No es por eso, ¿verdad?

—Voy a decirte que no.

—Mmm.

—Lo siento. ¿Cuándo fue? ¿Este fin de semana?

—Hace casi dos semanas.

—Oh.

—Perdón por decirte esto pero eres de mis mejores amigos.

—Y a tus amigos ¿tampoco les dijiste?

—A uno le dije el mero día. El tal Dani.

No fue un anuncio ni una conversación profunda o una confesión... Fue un dato, uno que llegó dos semanas tarde. Mi cerebro reaccionó primero que mi corazón, lo leí una vez, luego otra, luego otra más.

Cada repetición era como calcular una fuerza cuya magnitud cambia ligeramente con cada medición. Era absurdo: la información era la misma, pero el impacto se multiplicaba.

El mundo no se detuvo.

Pero yo sí, el aire se sintió distinto, más denso, como si alguien hubiera variado la presión atmosférica sin avisar, no respondí de inmediato, no porque no supiera qué decir, sino porque cada frase posible era igual de inútil.

Lo único que atiné a contestar fue breve, casi mecánico, tratando de no alterar nada, no pregunté detalles, no pregunté cuándo, no pregunté por qué no me lo dijo.

La ciencia enseña que, cuando estás frente a un sistema inestable, lo peor que puedes hacer es aplicar fuerza de más. Así que contuve cada impulso. Cada pregunta. Cada palabra. Y fue ahí donde sentí la segunda ley de Newton en carne viva:

“Cuando una fuerza actúa sobre un cuerpo, produce una aceleración proporcional.”

La fuerza era la noticia. La aceleración... fue lo que sentí por dentro. No un estallido. No un llanto. No una rabia desbordada. Fue más... matemática, una caída en el pecho, un desplazamiento interno, un cambio de vector emocional, un movimiento involuntario hacia una dirección que yo no había elegido.

Lo más extraño no fue enterarme así, ni tampoco el silencio previo, ni siquiera el hecho de que mientras ella firmaba un acta, yo pasaba la vida normal, sin tener idea. Lo más extraño fue la sensación inmediata de vacío estructural. Como cuando en un edificio retiran una columna sin avisar: no se cae al instante... pero algo se inclina, algo cruce, algo deja de estar estable.

Esa noche revisé la conversación completa, no para buscar culpables, ni señales o contradicciones. Lo hice como quien revisa un experimento fallido, tratando de identificar en qué punto exacto la trayectoria dejó de ser lineal.

Leí todos los “me siento mal”, los “no tengo ganas”, los silencios, las evasivas, los vacíos. los “estoy bien” que ahora sabían a cualquier cosa menos a verdad. No encontré el punto exacto Y probablemente nunca lo encuentre. Pero sí identifiqué el patrón: yo avanzaba en una línea, ella avanzaba en otra, y aunque durante mucho tiempo parecieron paralelas, ella ya había tomado un desvío y yo no me di cuenta.

No porque no quisiera verlo, sino porque ella no me dejó y yo respeté ese borde. Siempre.

Después vino el golpe más inesperado: ella escribió como si nada, con la misma rutina de siempre, como si no hubiera un cambio de estado, como si no se hubiera aplicado una fuerza monumental al sistema.

Yo seguí su ritmo, mantuve la calma, respondí como siempre. No por frialdad sino por respeto, por prudencia, por esa tendencia mía a no romper nada que no pueda reconstruirse.

Pero por dentro, algo se estaba acomodando de otra forma. Como si me estuviera adaptando a una nueva gravedad. La segunda ley dice que la aceleración depende de la fuerza y de la masa. La fuerza ya la conocía. La masa era mi historia con ella: dos años y medio de mensajes, noches, besos imaginados, fotos que desaparecían, desvelos, esperas, cumpleaños, diciembre de 2020 donde volvimos a hablar como si el mundo fuera nuestro.

Toda esa masa emocional hizo que la aceleración fuera brutal. Pero no explosiva, no escandalosa, no violenta. Fue silenciosa; eso es lo peor de un impacto interno: nadie lo ve.

No dormí esa noche, no lloré, no maldije, no escribí nada, sólo pensé, pensé en 2020. Pensé en su cumpleaños de octubre. Pensé en las

madrugadas en las que ella estaba con su amiga y yo la esperaba despierto solo para saber que había llegado bien. Pensé en lo que ella me contaba de su ex. Pensé en cómo, sin darnos cuenta, empezamos a construir algo que nunca tuvo nombre.

Y me pregunté lo inevitable: ¿qué habría cambiado si yo hubiera sabido antes? La respuesta llegó rápido, con la misma precisión de una fórmula bien resuelta: Nada. Ese “nada” me dolió más que todo lo demás. Porque significaba que yo no era la fuerza apropiada para cambiar su trayectoria.

Y porque, científicamente hablando, ella tenía razón: yo no debía intervenir. No era parte del sistema; era un observador, uno involucrado, sí. Pero observador al final.

Dos semanas tarde, una frase simple, un cambio irreversible. Y sin embargo, yo seguí ahí en la línea paralela mirando su recorrido sin tocarlo, sin reclamar, sin empujar. Aplicando lo único que me quedaba: la resistencia silenciosa.

La segunda ley de Newton nunca había tenido sentido para mí fuera de un examen hasta ese día. Ese día entendí que hay fuerzas que no se pueden medir, impactos que no se pueden evitar, y trayectorias que siguen adelante aunque tú te quedes quieto.

Ese día supe que mi vida, igual que la suya, acababa de cambiar de dirección. Y que ninguna fórmula iba a devolvernos al punto de inicio.

Después de la Batalla de Hogwarts

Karina

Cuando termina una guerra, no acaba el dolor: solo empieza el recuento de lo que se perdió. Y es ahí, entre ruinas emocionales, donde el corazón decide si aún puede sentir algo.

Después de la boda, todos esperaban que la vida continuara con naturalidad, que me adaptara, que sonriera, que encajara en esta nueva rutina donde “esposa” era un título que debía vestir con elegancia y sin resistencia.

Pero la verdad es que algo había muerto ese día; no en un sentido dramático, sino como una llama que se extingue lentamente sin que nadie lo note. La vida siguió, pero yo no.

Los primeros días fueron una especie de resaca emocional. Hay quien dice que después de un gran evento viene la calma; pero lo mío no fue calma, fue silencio. Un silencio que no venía de fuera —la casa estaba llena de voces, compromisos, hábitos— sino de dentro.

Una quietud que me hacía cuestionar cada movimiento: despertaba sin saber si debía sonreír, desayunaba sin apetito, dormía mal. Hubo noches en las que me acostaba con la sensación de haber tomado una decisión ajena, como si alguien más hubiera firmado por mí.

No lloraba, no reclamaba, no buscaba explicaciones. Sólo estaba ahí, sobreviviendo. Como después de una batalla: estás viva, sí... pero distinta. En esos días, Osmar comenzó a escribirme como siempre, sin saber nada, sin sospechar que mi vida había cambiado hasta el lugar donde dormía.

Sus mensajes eran los mismos de antes: preguntas suaves, interés genuino, humor ligero, tardes de conversación interrumpidas por mis respuestas breves.

Yo contestaba, por costumbre, por apego, por culpa, por miedo a que si dejaba de hacerlo, el vacío se haría insoportable. A veces escribía mientras él estaba en la otra habitación o con el teléfono pegado al pecho, como si fuera un delito. Y aunque nadie lo sabía, sentía que traicionaba a ambos: al hombre con el que me casé y a Osmar, que merecía una verdad que yo no podía darle.

Cada vez que respondía un “aquí ando”, o un “estoy bien”, o un “solo cansada”, el estómago se me encogía. Porque yo sabía que no estaba “bien”, sabía que no era “cansancio”, sabía que no era “aquí ando”.

Era una forma de evitar que todo colapsara. Una mentira que se alimentaba de mi incapacidad para enfrentar lo que realmente sentía. Había momentos concretos donde la culpa era tan pesada como el anillo. Como al final del día, cuando revisaba mensajes eliminados para que él —mi marido— no los viera.

O cuando trataba de sonreír en la comida familiar mientras mi cabeza estaba lejos, muy lejos. Ahí es donde entendí un paralelo que no quise admitir al principio: Snape, después de la muerte de Lily, vivió con un dolor oculto que nadie entendía del todo.

Lo suyo no era romanticismo adolescente, era la carga diaria de un amor que ya no tenía lugar en la realidad; yo no planeaba sentir algo parecido, no lo quería ni lo buscaba. Pero ahí estaba.

Mi vida nueva estaba hecha de rutina, de formalidad, de un cariño que no alcanzaba. Mi vida paralela estaba hecha de conversaciones virtuales, de madrugadas, de esa especie de refugio que tuve con Osmar desde 2020.

Era como vivir en dos mundos que no podían tocarse sin destruirme. Igual que Snape: un pie en la vida que los demás esperan de ti y otro pie en el recuerdo donde te quedaste atrapada.

El peor momento era cuando él —mi marido— mencionaba planes a futuro; yo asentía, sonreía, participaba. Y por dentro, una parte

de mí se tensaba porque no encontraba cómo encajar esa visión con lo que yo sentía realmente.

Había días en los que me quedaba mirando mis propias manos, preguntándome cómo algo tan pequeño como una firma había cambiado tanto el rumbo de mi vida. O cómo, incluso después de casarme, mi primer impulso al sentirme sola era escribirle a Osmar.

No para pedirle ayuda ni para que interviniera; solo para sentir que alguien me veía, que alguien me entendía, que alguien recordaba a la Karina que existía antes de marzo; nunca se lo dije. No podía.

Pero hubo un momento —más de uno— en el que esperé que él lo notara, que algo de mis silencios hablara por mí, que alguno de mis mensajes de madrugada lo hiciera sospechar que algo no estaba bien.

Pero Osmar nunca quiso leer entre líneas, nunca presionó, nunca empujó. Y aunque eso me aliviaba, también me dolía, porque significaba que yo tenía que cargar con esta doble vida sola sin que nadie supiera hasta dónde llegaba el temblor interno.

Para la gente de afuera, yo era una mujer recién casada. Para mi familia, una hija que había “sentado cabeza”, para mi marido era compañía. Para Osmar... seguía siendo Karina.

La misma Karina de los besos inventados, de las fotos fugaces, de los mensajes a medianoche, de los cumpleaños con él como primera felicitación, de ese 2020 donde empezamos algo que nunca supimos nombrar. Y ese era el problema.

Porque yo ya no era ninguna de esas mujeres, y al mismo tiempo, era todas. Eso es lo que se siente después de la batalla: sobrevives, sí... pero vives dividida. Sin que nadie se dé cuenta.

Tercera Ley de Newton: Acción y Reacción

Osmar

Toda acción deja una huella. Todo silencio crea una respuesta. Y a veces, la reacción más fuerte es darse cuenta de que ya no estás peleando por lo mismo que antes.

La Tercera Ley lo dice de forma brutal y elegante: a toda acción le corresponde una reacción igual y en sentido contrario. Es una verdad física que me ayudó a entender muchas cosas de la vida cuando todo parecía menos caótico: empujas una mesa, la mesa reacciona; lanzas una pelota, la pelota devuelve energía en la colisión. En las relaciones humanas, esa ley no viene con números limpios, pero funciona igual: haces algo, obtienes algo; guardas silencio, recibes una consecuencia. Y esa consecuencia puede ser calma, distancia, ruptura.

En ese periodo, finales de febrero y las semanas que siguieron, cada gesto de Karina desencadenaba en mí una reacción precisa. A veces era prosaica: un mensaje corto, un “estoy bien” frío. Otras, más perturbadora: un mensaje eliminado, una pausa larga antes de responder. Actuaba y registraba; medía y respondía; aplicaba fuerza y observaba la reacción. Si antes la inercia era lo que me describía, ahora la primavera de variables activas me obligaba a observar la cadena completa: acción, reacción y nueva acción.

Ella decía cosas que parecían pequeñas y eran bombas. Decir que “no soñaba con una boda” no es un acto menor; es un vector inicial que reconfigura expectativas. Lo dijo y lo registré.

Cuando tuve que asegurarle que no interrumpiría su boda, porque ella tenía la inquietud, no hice gran drama. No porque no doliera: porque mi manera de reaccionar no es la teatralidad. Mi reacción fue otra: estudiar el sistema. Abrí mentalmente el tablero de circuito de nuestra relación y empecé a mirar conexiones. ¿Qué fuerza la empuja? ¿Familia? ¿Miedo al cambio? ¿Pragmatismo? ¿Cansancio? Cada

respuesta probable implicaba una reacción más distinta —una menor, una mayor— y cada una tenía un impacto mayor al anterior.

Empecé a probar pequeñas acciones para observar respuestas. No intervenciones heroicas. Pruebas controladas. Mensajes con tono neutro o bromas ligeras; preguntas abiertas en lugar de juicios; silencio sostenido cuando sospechaba que presionar la desplazaría más. Cada prueba tenía su reacción. A veces la reacción era la misma de siempre: un emoji, una respuesta breve, una risa forzada. Otras veces, la reacción era sutil: una demora en contestar, una foto enviada y luego eliminada, un mensaje que prometía “voy bien” pero que olía a evasiva.

No es que yo quisiera manipularla. Era método. Era supervivencia. Cuando algo amenaza la estabilidad emocional de tu mundo privado, lo que haces con instinto científico es medir y mapear antes de proponer soluciones. Aplicar fuerza sin datos es bruto; esperar sin actuar podría ser complicidad. Esa tensión —cuándo aplicar y cuánto— fue mi dilema.

Hubo momentos en que sentí que mis acciones provocaban reacciones que me lastimaban. Mandaba un mensaje para acercar y obtenía un texto que retraría; intentaba un chiste y recibía monosílabos. La reacción contraria me mostraba que había límites invisibles que no conocía o que ella mantenía por decisión. Ante eso, la respuesta más racional fue retirar la fuerza: contener, observar, esperar que la fricción bajara. Pero la contención también produce reacciones: confusión ajena, falsa calma, o peor, la percepción de indiferencia.

La Tercera Ley no distingue intención. Si actúas con cuidado, la reacción puede ser una tregua; si actúas desde el impulso, la reacción puede ser un cierre. En un par de ocasiones medité la opción extrema: aparecer, hablar, confrontar. Pero al instantáneo cálculo mental se añadían variables que me ataban las manos: ¿vacío familiar que se derrumba? ¿responsabilidad indirecta sobre su entorno? ¿ser yo la culpable del derrumbe? Descarté la irrupción por prudencia y por la certeza de que mi intervención, por justa que se sintiera, podía producir reacciones en cascada que lastimaran más.

Vi también reacciones externas: la manera en que los mensajes se borraban me dijo más que un texto. Una eliminación es acción y reacción en miniatura: se publica un contenido, se lo suprime; la segunda acción tiene la intención de anular la primera, pero en realidad produce una nueva reacción (sospecha, curiosidad, inseguridad). Esas micro interacciones me alteraban. No eran grandes eventos, pero acumuladas, funcionan como erosión. Y yo lo sentía: la suma de las pequeñas reacciones me fue desgastando.

Me esforcé por mantener protocolos que me parecían justos: no tomé decisiones públicas impulsivas; no creé escenas. Me limité a ser constante en lo pequeño: buenos días, preguntar si durmió, recordatorios de cuidado. A veces esos gestos retornaban calor; otras veces, silencio. La reacción en esos últimos casos era frustración. Me preguntaba si mi misma constancia era una acción inútil, una energía que se disipaba sin efecto.

La mayor reacción que experimenté fue interna: la aceleración de mi propio dolor. Cada acción mía que no provocaba el efecto deseado aumentaba la fuerza en sentido opuesto. Era una ley que operaba sin números: cuanto más respetaba su espacio, más crecía mi sensación de impotencia; cuanto menos intervenía, más aumentaba mi deseo de hacerlo. En física, eso sería una tensión que busca resolución en un nuevo estado de equilibrio. En la vida, la resolución rara vez es limpia.

Descubrí también que algunas de mis reacciones no parecían afectar su rumbo porque ella respondía a fuerzas diferentes. Sus decisiones tenían vectores que no eran los míos: conveniencia, necesidad de paz doméstica, miedo, o simplemente cansancio. Yo veía las trayectorias pero no podía ajustar sus condiciones iniciales. La ley de acción y reacción es inexorable: mis empujes producían reacciones, pero sus propias acciones producían otras reacciones que me pasaban por encima. Era como estar en un laboratorio donde varios experimentos ocurren al mismo tiempo con materiales que interactúan de formas no lineales.

Y hubo una lección, dolorosa, que la tercera ley me enseñó de manera práctica: no todas las fuerzas tienen el mismo derecho de actuar.

Ella tenía el derecho de decidir su vida, aunque la decisión me dejara fuera del mapa. Yo tenía la opción de intervenir, pero esa intervención no me daba la potestad moral de reconfigurar su mundo. Esa realidad generó una reacción en mí que no había previsto: un tipo de duelo anticipado, la sensación de perder algo por no querer destruir otra cosa.

Al final, la tercera ley me obligó a reconocer que la relación ya no era simplemente causa y efecto entre dos personas en un plano aislado. Era un sistema con múltiples fuerzas y masas: familia, obligaciones, prolongadas conversaciones, silencios, el pasado que nos unió en 2020 y la presente distancia. Cada acción mía generaba una reacción que interactuaba con esas otras fuerzas y, a veces, se cancelaba o se magnificaba. En esa red, mi capacidad de generar efectos deseables era menor que mi deseo de producirlos.

La reacción más importante fue la que yo absorbí: en vez de empujar con fuerza, comencé a reagrupar. Convertí el impulso en paciencia forzada. Mi acción fue cambiar la naturaleza de mis respuestas: menos empuje, más presencia contenida. Eso generó una reacción no espectacular, pero real: la posibilidad de que, si ella volvía de verdad, hubiera un espacio donde no hubiera ruina inmediata. Era una forma de energía conservada: no transformar, sino preservar.

Entonces comprendí que la Tercera Ley, en relaciones, no es un mandato por intervenir, sino una advertencia sobre las consecuencias de cada decisión. Cada empujón tiene su réplica. Y a veces la única acción responsable es medir, contener y esperar que, en la suma de reacciones, surja una nueva dirección no forzada.

Seguí actuando en esa zona gris: presente, atento, calculador; reaccionando con prudencia cuando hacía falta y con silencio cuando era necesario. Registraba cada pequeño cambio —un emoji distinto, una demora inusual, un mensaje eliminado— y actualizaba mi modelo mental. La ciencia no me dio consuelo, pero me dio un mapa para no destruir lo que aún era frágil.

Y así transcurrieron las semanas: acciones y reacciones, una y otra vez, hasta que la acumulación de pequeñas reacciones acabó por

definir un estado nuevo. No hubo un estallido cinematográfico. Hubo un reajuste silencioso, una reconstitución de fuerzas que me dejó en un sitio distinto al que ocupaba al inicio de todo esto. La Tercera Ley no falló. Solo fue cruelmente exacta.